

# El diálogo entre Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio: un libro abierto

[Rosa Navarro Durán]

En septiembre de 1547 asesinaron a Pedro Luis Farnesio, duque de Parma y de Piacenza, hijo del papa Paulo III. Una conjuración de nobles acabó con la vida de ese sombrío personaje, instrumento político de su padre, el Papa. Era un movimiento más de la partida de ajedrez que en el siglo XVI jugó el Emperador durante décadas con el papa, con un papa tras otro; y en este caso colocó enseguida en la casilla vacía de Piacenza a su siempre fiel Fernando Gonzaga, gobernador del ducado de Milán.

La cara de Pedro Luis Farnesio retratado por Tiziano parece ser espejo de lo que dicen fue su alma, y precisamente de esta voy a hablar, o mejor dicho del *Diálogo entre Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio, hijo del papa Paulo III*, un texto muy valioso literariamente, que no fue impreso hasta 1855, por Adolfo de Castro. Nos han llegado tres copias manuscritas del XVII, y en una se atribuye a Diego Hurtado de Mendoza; pero no lo escribió el noble granadino que acabó denostando literariamente al Emperador en *La segunda parte de Lazarillo de Tormes* (como demostré en *Clarín*, 85: 3-10), sino un capitán siempre fiel a Carlos V, traductor de una de las obras capitales de la épica universal, el *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto: el aragonés Jerónimo de Urrea, que fue también autor de un *Diálogo de la verdadera honra militar*.

Aunque se sigue mencionando la atribución del *Diálogo* a Hurtado de Mendoza, siempre se añade luego que no tiene visos de ser cierta tal autoría, como, en efecto, así sucede. En cambio, nunca se ha asociado la obra con Urrea, y no es difícil comprobar que él fue su autor, como voy a mostrar.

## EL BARQUERO CARÓN Y LAS ALMAS

El creador del *Diálogo entre Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio* tuvo la idea de convertir un hecho político en obra literaria porque tenía en sus manos otros dos *Diálogos* que fundían ambas artes: la política y la literatura. Era una edición, hecha en Italia en unas prensas clandestinas

sin año ni lugar de impresión, de dos obras que aparecían también sin nombre de autor: el *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* y el *Diálogo de Mercurio y Carón*, escritas por el fiel secretario para cartas latinas del Emperador, Alfonso de Valdés, muerto de peste en Viena el 6 de octubre de 1532. Tal vez los dos *Diálogos* se imprimieron en las prensas de la familia Brucioli en Venecia —el humanista italiano Antonio Brucioli fue un pensador religioso reformista— y seguramente debieron de aparecer antes de 1541, año de la muerte de Juan de Valdés en Nápoles, porque Alfonso en su testamento mandó llevar sus papeles personales, su «hacienda», a su hermano gemelo, que en 1532 estaba en Italia. Los dos *Diálogos* se traducirían al italiano en 1546.

En el *Diálogo de Mercurio y Carón*, el dios que conduce las almas al Hades y el barquero conversan sobre política, o mejor dicho, Mercurio le cuenta a Carón el desafío de los reyes de Francia e Inglaterra al Emperador, pero empieza a hacerlo desde el comienzo, narrándole lo sucedido desde la elección de Carlos como Emperador al ganar la partida al rey de Francia, Francisco I, que también aspiraba a ello. Y lo hace porque el barquero anda muy preocupado por haber oído decir que se ha logrado la paz en España y ve que no podrá pagar una galera que acaba de comprar. Al mismo tiempo que el dios va exponiendo los hechos políticos que desembocan en lo sucedido en 1528, empieza un desfile de almas condenadas —once, más una que se salva— que se dirigen a la barca de Carón, y a las que los dos interlocutores interrogan. Son once breves historias de vida de otros tantos cristianos que creyeron que unas prácticas religiosas externas eran buena capa para tapar su vida de pecado; todos pertenecen a dos estamentos: el religioso y el político. A ellas se suma el relato del ánima que se salva, la de un buen secretario de un príncipe virtuoso; en la segunda parte del *Diálogo*, que Alfonso de Valdés escribió poco después, desfilan seis almas camino del cielo, porque todas ellas ofrecen modelos de buen vivir cristiano, y son la otra cara de seis de las que antes se dirigieron hacia la condenación.

El escritor del *Diálogo* sobre el asesinato del *Farnesio* toma de su modelo la idea de la conversación entre el barquero y un alma que va a subir a su barca. Alfonso de Valdés había ampliado la breve presencia de las sombras que Pontano imaginó en su *Diálogo de Carón* (y mencionó al humanista italiano en su prólogo como una de sus fuentes). El autor del *Caronte y el alma de Pedro Luis Farnesio* le dio todo el espacio de su diálogo con el viejo barquero a una sola alma, pero no era anónima como las que desfilaron en las obras de sus predecesores, sino con nombre y apellido: Pedro Luis Farnesio, el hijo del papa Paulo III, primer duque de Parma y de Piacenza, padre de Octavio Farnesio, casado con Margarita de Austria, hija natural de Carlos V. Sabemos incluso el día en que debió de tener lugar el diálogo: el 10 de septiembre de 1547, porque ese fue el del asesinato del cruel Pier Luigi, víctima de la conjuración de unos nobles, Giovanni Anguissola, Gian Luigi Gonfalonieri, el conde Agostino Landi, Alessadro y Girolamo Pallavicini. Y el *Diálogo* tuvo que escribirse poco después porque la denuncia del personaje solo tiene sentido si se hace inmediatamente, con los hechos aún muy cercanos (el alma dice que «aún no es salido el año», aunque es lógico que lo diga porque la muerte y, por tanto, el diálogo, acaeció en septiembre).

Para concebir su obra, el escritor no solo se inspira en el *Diálogo de Mercurio y Carón*, sino que comparte su ideología: es un fiel servidor del Emperador porque escribe en su defensa el *Diálogo* entre el barquero y el alma del Farnesio. Lo que dicen uno y otro va acumulando cargos contra Pedro Luis, un tirano, un asesino, un traidor, un inmoral sin paliativos; de tal forma que su muerte ha sido providencial como lo fue el saco de Roma, tesis del *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* de Alfonso de Valdés. A veces Dios permite males para evitar otros mayores, como dice Caronte, y ese es también el argumento de la segunda parte del *Diálogo* sobre el saco de Roma: «cómo todo lo ha permitido Dios por el bien de la cristiandad».

Nada puede hacer el Papa, que está más preocupado por el patrimonio de la Iglesia que por los cristianos, contra el Emperador, ayudado por el cielo: «Como si tu padre, por mucho que lo intentó —le dice a Pedro Luis Farnesio el barquero—, pudiese estorbar que los cielos y los hados no favorezcan y prosperen las cosas del Emperador y que no las levanten al cielo». Es el Emperador quien protege a la cristiandad, y Caronte puede decirlo ahora en voz más alta que cuando el saco, porque en abril de ese año de 1547 Carlos V había derrotado a los luteranos en Mühlberg, a quienes antes el Papa había apoyado: «Y siendo destruida y deshecha la malvada liga luterana, tan a su pesar y al tuyo, ¿quién habrá que se ose mover para hacer daño a la cristiandad, teniéndola el Emperador en su protección?».

No hay duda alguna: el escritor se identifica con Carón, que hace un canto de alabanza al Emperador y sus acciones, y pone de relieve la infamia, la traición, los vicios del hijo del Papa y del propio pontífice. No olvidemos que estamos en el año 1547, el mismo en que Diego Hurtado de Mendoza empieza a actuar como embajador en Roma y, aunque más adelante chocara también con Paulo III (porque lo que más caracterizaba al embajador era su falta de diplomacia), no era el momento más oportuno para escribir ese tremendo alegato contra la facción papal. Quien lo escribió hizo lo mismo que Alfonso de Valdés: ante un hecho político —el saco o el asesinato del duque de Parma e hijo del Papa— cuya responsabilidad recae sobre el Emperador, pone de manifiesto la verdadera causa: la corrupción eclesiástica en el primer caso; y en el segundo, el lodazal de la vida del tirano asesinado. Y de paso se ataca al Papa y se alaba al fiel Ferrante Gonzaga, gobernador de Milán, que pasa a ocupar el lugar vacante que deja en Piacenza el asesinado.

Encontramos, pues, la misma ideología que en los dos *Diálogos* de Alfonso de Valdés, la misma fidelidad sin fisuras al Emperador. Y además su autor imita reacciones de los personajes o incluso, palabras suyas, expresiones. Caronte oye que le llama el alma y se pregunta «¿Quién será este presuntuoso arrogante, que con tanta furia camina y con tanta prisa me llama?». Algo semejante le comentó Mercurio al barquero al ver acercarse a la del duque: «Mira, mira, Carón, con cuánta arrogancia viene aquella alma». Pero de nada valdrá la arrogancia ante el barquero, al que el duque llama «grosero», ni tampoco le servirá al orgulloso Pedro Luis, que protesta de que le hable con tan poco respeto. La misma prisa por marcharse tienen ambas ánimas, porque el duque acaba diciendo a Carón: «La barca está ya llena; no me detengas más»; y Pedro Luis, al ver que se acercan víctimas suyas, le manda: «Caronte, tiende la plancha y dame la mano, que ya los conozco». Y el «Entra, entra, desventurado» que le contesta el barquero nos lleva al final de la primera parte del *Mercurio y Carón*, al «Entra, pues, en la barca» que el barquero le dice al dios.

Puedo empezar ahora a señalar concordancias en expresiones, como el «¿Qué se me daba a mí? ¡Hiciese yo mi provecho y fuese como quiera!», que dice a Carón el alma del secretario de un rey (el de Francia), y que tiene su correlato en «¿Qué se me da a mí de eso? Yo me era duque de Plasencia a su placer o su pesar...» del alma de Pedro Luis. Caronte le dirá en otra ocasión que «esa es la más nueva necedad que nunca he oído», y es palabra que les gusta mucho a Mercurio y a Carón: «¡Gentil necedad era la tuya!» dice el dios; y «Tengo por gran necedad» y «No vi mayor necedad en mi vida...», el barquero. Repite el barquero una expresión, como Carón: «De esos polvos

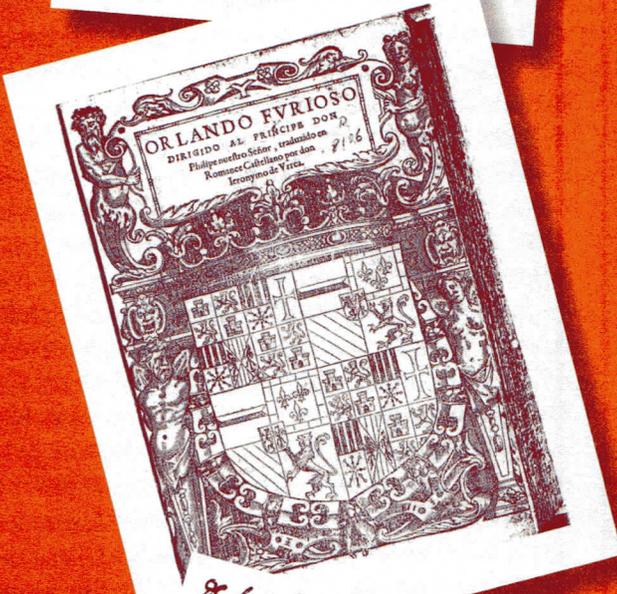
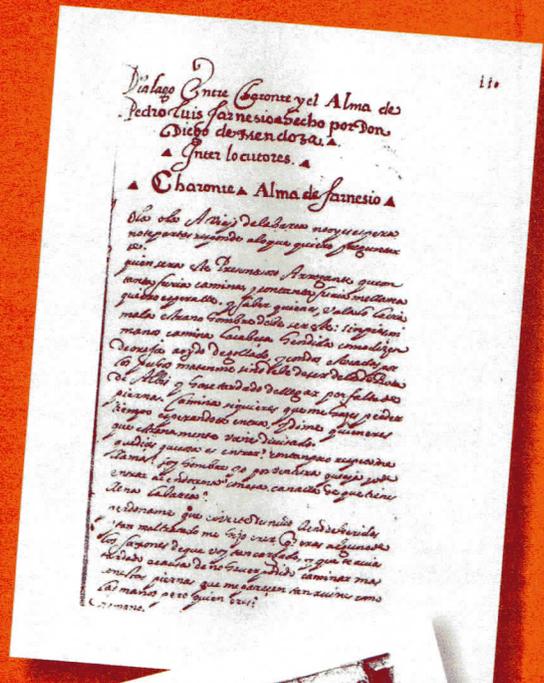
vienen estos lodos», y como Caronte: «quizá aquellos polvos trajeron estos lodos». El ánima acusa a Caronte de ser «gran sofista», y Carón había desafiado al alma del teólogo diciéndole que él iba a ser «mejor sofista que tú».

En el *Diálogo de las cosas acaecidas* se citan las informaciones de los pasquines o las sátiras de «maestro Pasquino», como también lo hace Caronte («¿No crees que llegan acá las nuevas de maestro Pasquino?»). En el *Diálogo de Valdés* se sitúa en los vicios y engaños de la corte romana y de todos los eclesiásticos la causa de la rebelión de Lutero; y Caronte le dice al Farnesio: «la primera ocasión que movió a los alemanes a negar la obediencia de la iglesia nació de la disolución del clero y de las maldades que en Roma se sufren y cometen cada hora». Se sigue defendiendo la necesidad del concilio como lo hacía ya Lactancio —trasunto de Valdés— en el *Diálogo* citado; lo hace Caronte aunque vaya en contra de sus intereses, de su ganancia: «La mayor pérdida será que me pueda venir porque, uniéndose y reformándose la Iglesia, pierdo la ganancia de tantos alemanes herejes que pasan aquí», que es el motivo literario, tomado del coloquio *Carón* de Erasmo, que marca los comienzos de las dos partes del *Mercurio* y *Carón*: el miedo a la ruina del barquero, que se ha empeñado comprando una galera nueva, por la paz que se anuncia entre el Emperador y sus enemigos. Y podría seguir con otras repeticiones, pero confío en que basten las dichas para poner de relieve lo único que ahora me interesa demostrar: que el autor del *Diálogo entre Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio* escribía después de haber leído minuciosamente los dos coloquios de Alfonso de Valdés.

Solo mencionaré el uso de un inteligente recurso: Carón no está enterado de que el duque de Borbón se ha muerto porque no ha pasado por su barca; es decir, porque, a pesar de la excomunión papal, se ha ido al cielo. Caronte, en cambio, sabe un montón de cosas de la vida abominable de Pedro Luis porque ha podido hablar en su barca con gente que lo conoce bien y que cita como testigos de sus «hazañas» y de las de su padre, el Papa: el conde de Fiesco, Francisco I de Francia (muerto el 31 de marzo del mismo 1547) y Barbarroja, el año anterior. Todos ellos habían muerto antes y habían subido a la barca de Caronte porque se dirigían al mismo lugar: al Hades, a la condenación.

### LOS PUNTOS DE DUELO

Una vez asentada la lectura que el escritor hizo de los *Diálogos* de Alfonso de Valdés, doy un paso más y me dejo guiar por unas palabras de Caronte matizadas por el conocimiento que tiene de una materia esencial. Le dice a



Pedro Luis: «Si no fueses tan bravo, si no temiese que me llamasen en estacada, responderte hía que mientes a lo que dijiste de haber hecho bien. Pero todavía por que entiendas que entiendo los puntos de duelo, digo que no hiciste bien, y pruébotelo de esta manera». Caronte entiende «los puntos de duelo» porque su autor conoce tan bien la materia que años más tarde, en 1566, publicaría otro diálogo entre dos personajes, Franco y Altamirano, el *Diálogo de la verdadera honra militar*. Y es Altamirano quien dice algo semejante en un pasaje de la obra, que es fundamental para mi argumentación: «Poco se me entiende de puntos de duelo, mas me parece que ese su cartel es más desbaratado y confuso que el del rey su padre, bien parece que en Francia se usa poco el duelo, pues tan mal entienden sus sutilezas». Y es tan importante no solo por la concordancia léxica, sino porque precisamente Jerónimo Jiménez de Urrea nos lleva de nuevo al *Diálogo de Mercurio y Carón* de Alfonso de Valdés al copiar un largo pasaje de la obra.

Pierre Geneste, en su espléndido *Essai sur la vie et l'oeuvre de Jerónimo de Urrea* (Lille, 1975), ya señala cómo Urrea incorpora a su *Diálogo de la verdadera honra militar* pasajes de Muzio (de *Risposte cavalleresche e Il Duello*), de Possevino (*Dialogo dell'honore*), Massa da Gallese (*Contra l'uso del duello*) y de Landi (*Attioni morali*). Pero ni él ni ningún otro estudioso ha advertido que Urrea toma del *Diálogo de Mercurio y Carón* un largo pasaje para la primera parte de su obra: el texto y los comentarios de los carteles de desafío que se intercambian Francisco I y Carlos V. Precisamente el sobrino del autor, Martín de Bolea, no los edita en la impresión póstuma madrileña de 1575; pero reaparecen en la edición de 1642, impresa en Zaragoza y calcada de la *princeps*, como puede comprobarse por la traducción al italiano que hizo enseguida de la obra Alfonso de Ulloa (Venecia, 1569) o por la copia manuscrita de la primera edición desaparecida (ms. 2765 de la Biblioteca Nacional). Para demostrar mi afirmación copio solo un fragmento, pero todo el pasaje es una reelaboración del diálogo entre Mercurio y Carón a propósito de los carteles de desafío:

FRANCO.— Cuando el rey de armas le dio el cartel en su mano, dijo el Emperador: «Rey de armas, aunque por muchas causas y razones el Rey, vuestro amo, debe ser tenido y es inhábil para un acto como este contra cualquier caballero cuanto más contra mí, todavía por el deseo que yo tengo de averiguar por mi persona estas diferencias, evitando mayor derramamiento de sangre cristiana, consiento que él haga este acto, y desde agora lo habilito solamente para él». Dicho esto, luego el rey de armas dijo que si Su Majestad le quería dar por respuesta la seguridad del cam-

po, él la llevaría; donde no, que le suplicaba no le mandase llevar otra cosa.

ALTAMIRANO.— ¿Qué dijo el Emperador a esto?

FRANCO.— Dijo que él quería responder y enviar la respuesta con uno de sus reyes de armas.

(*Diálogo de la verdadera honra militar*, Zaragoza, Diego Dormer, 1642, folio 15 vto).

\*\*\*

MERCURIO.— [...] Hecha la protestación, el Emperador, enderezando sus palabras al rey d'armas, habló en esta guisa: «Rey d'armas, aunque, por muchas causas y razones, el Rey, vuestro amo, debe ser tenido y es inhábil para un acto como este contra cualquier hombre, cuanto más contra mí, todavía por el deseo que yo tengo de averiguar por mi persona estas diferencias, evitando mayor derramamiento de sangre cristiana, consiento que el Rey, vuestro amo, haga este acto y desde agora lo habilito solamente para él».

CARÓN.— Gana tenía ese Príncipe de venir a las manos. A osadas que nunca el rey de Francia lo habilitara a él para ese efecto.

MERCURIO.— Hecho esto, el rey d'armas dijo que, si por respuesta el Emperador le quería dar seguridad del campo, él la llevaría; donde no, que suplicaba a Su Majestad no le mandase llevar otra respuesta. El Emperador le dijo que él quería responder y enviar con la respuesta uno de sus reyes d'armas. (Alfonso de Valdés, *Diálogo de Mercurio y Carón*, ed. de R. Navarro Durán, Madrid, Cátedra, 1999, p. 249).

La asimilación del texto de Valdés por Urrea sigue a lo largo de todo el pasaje, que también comprende la reproducción exacta de los dos carteles de desafío de los reyes tal como están en el *Diálogo de Mercurio y Carón*.

Si tenemos en cuenta que los *Diálogos* de Valdés debieron de circular solo en un pequeño ámbito, por la peligrosidad de su contenido antipapal y la clandestinidad de su impresión, y que los separan de este *Diálogo de la verdadera honra militar* bastantes años, no es difícil fundir las dos supuestas imágenes de sus imitadores, la del escritor del *Diálogo entre Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio* con la del autor del *Diálogo de la verdadera honra militar*: Jerónimo de Urrea.

## DESDE UNA ESPELUNCA A UN LIBRO LLENO DE DEMONIOS

Una vez puesta la pieza en su sitio, todo cuadra. Urrea, que participó en la batalla de Mühlberg y siempre fue fiel al Emperador, es autor de un poema épico en alabanza de

Carlos V: *El victorioso Carlos V*, que no fue impreso aunque se conserva en un manuscrito la aprobación de Alonso de Ercilla, gran admirador de Urrea y de su traducción del *Orlando furioso*. Y la misma traducción (impresa en 1549, dos años después de la escritura del *Diálogo*) nos ofrece palabras, comparaciones, que están también en el *Caronte y el ánima de P. L. Farnesio*.

Por ejemplo, comparten las dos obras el uso de un muy raro italianismo, la palabra *espelunca* (que luego Ercilla copiaría de esta traducción del *Orlando*), calco de «spelunca», «cueva»: «¿De casa de oraciones hacías espelunca de tirano?», le pregunta Caronte a Pedro Luis. Y en el *Orlando furioso*, canto II, octava 74: «un luengo ramo vido: / muy presto con la espada lo ha cortado / y la espelunca abajo lo ha lanzado». O en el canto X, octava 89: «Dieciséis mil se hallan para el hecho, / salidos d'espeluncas y cabaña»; y en canto XIII, estrofa 40: «con sogas que allí dentro se dejaron, / en la espelunca donde la hallaron» (y Urrea, aficionado a la palabra, se aleja del texto de Ariosto, que dice «ne la casa silvestra»).

Lo mismo sucede con las raras palabras «cercenados» o «favorido», que están en las dos obras; o la presencia de un torbellino, unos tordos o unos puercos en comparaciones, y todavía más, la de un objeto mágico. Caronte compara la fuerza del Emperador ante la del padre e hijos de Pedro Luis: «durarán ante la fuerza del Emperador lo que suele durar un pequeño torbellino de polvo ante un viento recio y poderoso». Y el narrador del *Orlando furioso* traducido por Urrea dice: «Cual viene torbellino d'aire a veces, / que una tempesta atrás deja y se avanza», canto XVI, octava 43 (Ariosto dice «grosso di vento»). Caronte habla de que los alemanes «pasan aquí a nubadas como tordos», y en el canto XII, octava 84, una comparación dice: «Cual banda en el aire vemos que se extiende de tordos» y se aplica al ver huir una «escuadra tan deshecha». Caronte describe cómo el cuerpo del asesinado Pedro Luis el mundo lo vio «a guisa de puerco, revolver por el lodo»; y en el canto XIX, octava 42 Angélica y Medoro topan con un loco «que como puerco sucio muy lodoso, / enlodado se vía en tal manera».

Pero dejo las comparaciones y voy al objeto mágico. Caronte le dice a Pedro Luis «que después que llegaste aquí han llegado una infinidad de demonios que tú tenías ligados y apremiados dentro de un libro pequeño, cerrado con dos candados, con las cubiertas de terciopelo carmesí» (su padre, el Papa, era muy aficionado a los astrólogos). Y ante el asombro del ánima porque alguien había

abierto su libro «tanpreciado», el barquero le cuenta que fue Hernando Gonzaga, quien, «como caballero animoso y religioso», en vez de servirse de ellos, los liberó.

Para encontrar un libro semejante vamos al canto II del *Orlando furioso*, y allí está un viejo ermitaño que sabe el arte mágica y salvará a Angélica de la persecución de Rinaldo (o Renaldos); la forma de hacerlo es esta: saca un libro, y «una plana aún no ha leído / cuando un demonio vio como escudero, / que en cuanto le ordenó le ha bien servido». En el canto III, en la gruta donde está la sepultura de Merlín —que tiene «espíritu profético» como el Caronte del *Diálogo*—, la maga que guía a Bradamante, también abre un libro y habla con los demonios que hay en él.

Al leer minuciosamente un texto, a veces unas palabras, unas ideas, unos objetos dibujan de repente un puente que llevan al lector hasta otra obra. Así sucede en el *Diálogo entre Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio*, porque lo contado nos lleva a su modelo, el *Diálogo de Mercurio y Carón* de Alfonso de Valdés; y este a su vez reaparece en el texto del *Diálogo de la verdadera honra militar*. Queda de esta forma trazado nítidamente el puente que enlaza las dos obras del mismo lector y escritor: Jerónimo Jiménez de Urrea, el traductor al castellano del *Orlando furioso* de Ariosto.

Y la traducción de nuevo nos aporta palabras, ideas, que ayudan a reforzar el enlace entre los dos *Diálogos* (solo he enumerado algunas de las muchas), y así podemos quitar el letrero de «anónimo» del interesante *Diálogo entre Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio* o borrar la inverosímil atribución a Diego Hurtado de Mendoza, que escribe con un estilo muy distinto.

Su autor fue un capitán mucho más fiel al Emperador que el embajador y poeta, fue Jerónimo de Urrea, al que ataca «el capitán Salazar», que sí parece ser el satírico y derrochador noble granadino, contestando él mismo a la epístola del «bachiller de Arcadia», otra de sus máscaras: «Y don Jerónimo de Urrea, ¿no ha ganado fama de noble escritor, y aún, según dicen, muchos dineros (que importa más), por haber traducido a *Orlando el Furioso*, poniendo solamente de su casa, a donde el autor decía *cavaliere, caballeros*, y a donde *amori, amores*?». No fue así ni mucho menos, y su traducción dio palabras y palabras a muchos lectores, nada menos que a Cervantes y a Góngora, como es bien sabido, y también a fray Luis de León y a san Juan de la Cruz. Pero esa es otra historia, ¡no abramos ahora más libros! ■ ■